

visitó Napoleón en persona sus campamentos del Austria superior, de Moravia y de Hungría, sabiendo que con esta amenazadora vigilancia aseguraba mejor la conclusión de la paz que con todos los esfuerzos de sus negociadores. La ciudad de Altemburgo era el punto

*Al ministro de la Guerra.*

*«Schœnbrunn, 29 de julio de 1809.*

»Si tiene usted ocasión de ver al príncipe de Ponte-Corvo, manifiéstele usted mi disgusto por la ridícula orden del día que ha hecho imprimir en todos los diarios, tanto más inoportuna por cuanto no ha cesado en todo el día de darme quejas de los sajones. Además en ella se contienen especies falsas. El general Oudinot

que acababa de señalarse para su reunión. Así era como empleaba ese incansable genio el tiempo del armisticio de Znaim: genio incansable, repetimos, que todo lo tenía presente, menos la sencilla verdad de que el mundo no era tan incansable como él.

ha sido quien ha tomado á Wagram el 6 á mediodía; por consiguiente mal ha podido tomarlo el príncipe de Ponte-Corvo. Tampoco es verdad que los sajones hayan roto el centro del enemigo el día 5, pues no han disparado ni un tiro. Me alegro mucho por lo demás de poder decir á usted que el príncipe de Ponte-Corvo no se ha conducido siempre muy bien en esta campaña. La verdad es que su *columna de granito* ha estado constantemente derrotada.

»NAPOLEÓN.»

## APÉNDICES

NOTA Á QUE SE REFIERE LA DE LA PÁGINA 353

Asombraría mucho al público y á los historiadores contemporáneos, que suelen resolverse muy pronto en las cuestiones dudosas, si les diese á conocer las muchas incertidumbres por que he pasado antes de fijarme sobre los verdaderos proyectos de Napoleón respecto á España. Como acabó por invadirla y darla á su hermano José, se ha deducido que siempre quiso lo que ejecutó en definitiva, así como hay hombres que creen de buena fe que por haberse proclamado emperador pensaba en el ejército de Italia. ¿No hemos visto, en efecto, á varios coleccionistas de datos buscar los primeros indicios de sus proyectos en la escuela de Brienne? Moreau acabó por vender la Francia en 1813, esto es positivo; pero no se contentan con hacer remontar sus malas disposiciones cívicas á la conspiración de Jorge, á su rompimiento con el primer cónsul; supónese que datan de la conspiración de Pichegrú, y con ayuda del espíritu de investigación, llégase á creer que nacieron en la escuela de Rennes, donde concibió, al parecer cuando estudiaba derecho, el proyecto de entregar los ejércitos franceses á los austriacos. No se puede juzgar á los hombres de una manera más ridícula: así se incurre en error respecto á los mismos individuos y á la marcha del espíritu humano, que es lenta y sucesiva, y muy á menudo se guía por los acontecimientos en vez de determinarlos.—En 1808 Napoleón destronó á los Borbones de España. ¿Cuándo lo quiso? ¿Por qué medios? He aquí cuestiones históricas de la mayor dificultad, aunque se tengan todos los documentos á la vista. Yo soy el único historiador que los ha poseído todos, gracias á las comunicaciones que por mi situación política llegaron á mis manos, y largo tiempo me acosaron grandes dudas, que sólo desvanecí después de varios descubrimientos, fruto de muchas pesquisas, de aplicación y buena suerte. Me empeño en darlos á conocer aquí, para edificación del público y de los hombres que consideran como un deber las investigaciones concienzudas.

Ante todo, digamos dos palabras sobre los documentos mismos. De todos los escritores que han hablado sobre esas épocas, ni uno solo ha poseído los verdaderos documentos históricos. Todos compusieron sus libros con otros: esto es cosa que echará de ver cualquiera que conozca los hechos. El mismo Toreno, cuya obra sobre la revolución de España es notable por el talento que revela, y además por un buen sentido político, no conoció los documentos. Compuso su libro sobre las publicaciones españolas y francesas, y con gran copia de tradiciones vivas, recogidas en su propio país, gracias á las cuales su relato es más precioso por

varios conceptos. Entre los autores franceses, sólo uno, Mr. Armando Lefebvre, tuvo la ventaja de ingresar en la sección de Negocios extranjeros y pudo ver algunos documentos positivos. ¿Le sería dado llegar á conocer la verdad, gracias á esta iniciación? Una sola observación basta para contestar á la pregunta. La correspondencia de los Negocios extranjeros consiste en algunos pliegos, muy escasos, de Mr. de Champagny, y en otros muy numerosos de Mr. de Beauharnais, embajador de Francia en Madrid. Ahora bien; Mr. de Champagny, hombre muy honrado y afecto al emperador, no supo una palabra del asunto de España; y Mr. de Beauharnais, también persona de gran probidad, aunque incapaz, no fué elegido sino para hacer el papel ridículo de un embajador á quien se engañaba, para que engañase mejor á la corte en que estaba acreditado. *No digáis nada á Beauharnais... Nada he dicho á Beauharnais:* estas son las palabras que se encuentran á cada paso en la correspondencia de Napoleón y sus agentes en España. Por último, en el momento de la catástrofe, Napoleón envió á Mr. de Laforest para secundar á Murat, considerando que no era posible servirse de Mr. de Beauharnais, y rechazó á este último, sin querer siquiera escucharle, lo cual fué una verdadera injusticia. Así, pues, cuando se tiene la ventaja de consultar la correspondencia de Negocios extranjeros, se ve que es un insignificante documento sobre los asuntos de España. Pero entonces, se me dirá, ¿dónde están estos documentos? En la correspondencia de Napoleón con los agentes que empleó en aquella circunstancia. Estos agentes fueron, en París, MM. Talleyrand y Duroc; en Madrid, Murat primeramente, después el general Savary, el mariscal Bessieres, el general conde de Lobau, Mr. de Tournón, el general Grouchy, Mr. de Monthyon, cuyos informes, impresos más tarde, se publicaron de otro modo que él los había escrito; y por último, el almirante Decrés, muy ocupado en aquel asunto, á causa de las colonias españolas. Estos fueron los verdaderos agentes del emperador, los únicos informados, y siempre parcialmente, pues ninguno de ellos sabía sino lo concerniente á su cargo, y conjeturaba lo demás según su perspicacia. Ha existido una correspondencia de todos estos personajes con Napoleón, y de éste con ellos, correspondencia muy considerable y curiosa, que está en los archivos, que yo solo he leído, que parecería deber aclararlo todo, y que sin embargo no me ha edificado completamente hasta después de repetidos esfuerzos, tales como los que se hacen sobre ciertos pasajes de los historiadores de la antigüedad para llegar á descubrir tal ó cual verdad histórica. En general, cuando he leído la correspondencia de Napoleón con sus agentes, la ví tan clara, tan precisa y positiva, que no

me quedó ni una sola duda sobre los acontecimientos; pero después de leer la referente á España, me han acosado largo tiempo las mayores incertidumbres: voy á decir por qué. En primer lugar, Napoleón fluctuó largo tiempo entre diversos proyectos, y cuando se hubo fijado, no dijo á nadie lo que quería. Tal vez se lo manifestó al general Savary, pero sólo en el último momento, y sobre un solo punto, es decir, sobre el viaje forzoso de Fernando á Bayona. El 20 de febrero vió á Murat durante el día, no le dijo nada, y mandó al ministro de la Guerra que le expidiese la orden de marchar á Bayona. Trazóle la marcha del ejército sobre Madrid, sin añadir una sola palabra referente á la política, y hasta prohibióle hacer preguntas. El conde de Lobau y Mr. de Tournón, enviados como observadores, no recibieron una sola confidencia; y al fin, cuando se efectuó la revolución de Aranjuez, hallándose España sin rey, porque Carlos IV había abdicado y Fernando VII no estaba reconocido, Napoleón envió al general Savary con una parte del secreto, la que consistía en conducir á Bayona al padre y al hijo de grado ó por fuerza. El mismo día, Mr. Tournón salió también de París con una instrucción del todo contraria, publicada después en Santa Elena, de ningún modo apócrifa y sí muy real, que contradecía todo cuanto Murat y el general Savary tenían orden de hacer, todo cuanto hicieron efectivamente. Harto se comprenderá qué ímproba tarea es descubrir, á través de todas estas contradicciones y disimulos calculados, la verdad histórica, y cuán imposible es el descubrimiento, ya tan difícil si no se poseen los verdaderos datos, cuando no se consigue reunirlos todos.

Ahora voy á decir cómo he llegado á la verdad. Comparando entre sí todas las órdenes dadas, no sólo á los agentes de confianza, sino á los que sólo eran instrumentos; comparando las órdenes políticas con las militares, y hasta con las de hacienda; comparando las que se expidieran con las que se ejecutaran, y con algunas semiconfidencias hechas en el momento decisivo, cuando al fin era preciso decir lo que se quería para ser obedecido, conseguí con mucha paciencia entresacar la verdad, pero sólo después de algunos años de reflexiones, y digo años porque para fijarme en cierto punto necesité ocuparme tres en la investigación de los hechos.

Dada á conocer la dificultad, voy á decir cuáles son mis deducciones y cómo he llegado á ellas.

Es incontestable que Napoleón concibió la idea sistemática de derribar los Borbones en toda Europa; pero esta idea misma no comenzó á germinar en su espíritu hasta 1806, después de la traición de la corte de Nápoles, y el destronamiento de ésta, pronunciado al día siguiente de la jornada de Austerlitz. Después, la incapacidad, el envilecimiento siempre creciente de la corte de España, sus secretas traiciones, que se entreveían sin conocerlas del todo, y por último la famosa proclama por la que el príncipe de la Paz llamaba á las armas, en la víspera de la batalla de Jena, á toda la nación española, confirmaron á Napoleón en la idea de que era preciso aplicar á los Borbones de España el mismo tratamiento que á los de Nápoles. Pero ¿en qué instante esta idea, al principio confusa y vaga, llegó á ser un proyecto adoptado? He aquí la primera cuestión. ¿Por qué medios debía ponerse en ejecución la idea, convertida

ya en proyecto, puesto que la corte de España no era bastante atrevida para proporcionar por un levantamiento el legítimo motivo de queja que dió la corte de Nápoles? ¿Por qué medios, repito, debió ejecutar el plan, una vez concertado? Esta es la segunda cuestión y la más difícil.

Se ha dicho que al día siguiente de publicarse la proclama del príncipe de la Paz, Napoleón concibió en el mismo Berlín la idea del destronamiento. La correspondencia de Napoleón, que revela á cada instante sus menores impresiones, da fe de lo contrario. Después de Jena sólo pensó en una inmensa guerra en el Norte. La idea general de desembarazarse más tarde de los Borbones pudo confirmarse en su espíritu; mas el proyecto de ejecución no tomó nacimiento. Se ha dicho que en Tilsit Napoleón se decidió á firmar la paz, por instigaciones de Mr. de Talleyrand, que hacía valer á sus ojos la necesidad de concluir en el Norte para fijar la atención en el Mediodía, es decir, en España; que hasta se habló con el emperador Alejandro del destronamiento de los Borbones en aquel país, y que Alejandro consintió en él mediante sacrificios en Oriente. Todo esto es falso: Napoleón se decidió á tratar en Tilsit por el convencimiento de la dificultad, porque 1807 no fué sino un 1812 feliz, gracias á la calidad del ejército en aquella época: de España no se trató; ahí está la correspondencia secreta de Mr. de Caulaincourt para probarlo. Todo fué nuevo efectivamente para Alejandro cuando supo los acontecimientos de Madrid, y de consiguiente se ha calumniado la memoria de este príncipe al aventurar semejante aserto. Napoleón quiso afirmar la paz continental en Tilsit porque vió el Niemen muy lejos del Rhin, y sólo pensó allí en una cosa, en imponer á Inglaterra la paz marítima por la unión de todo el continente contra ella. De vuelta á París en julio de 1807, Napoleón se ocupó sólo en administrar su imperio, lo cual no había hecho hacia un año, y después deducir las consecuencias de la política de Tilsit. En efecto, mientras que el gabinete de San Petersburgo, encargado de la mediación, dirigía á Inglaterra esta pregunta: «¿Queréis la paz ó la guerra, la paz con todos ó la guerra con todos?», Napoleón hacía sus preparativos para obligar á los Estados que se conservaban neutrales á declararse contra Inglaterra, dado que se decidiera á continuar las hostilidades. Aquellos Estados eran Dinamarca, Austria y Portugal. Napoleón preparó un ejército para obligar á este último; pero su correspondencia, y la naturaleza de sus órdenes, demuestran que sólo se proponía poner término á la neutralidad de este país. Cuando en agosto y septiembre de 1807 Inglaterra contestó á la urgente pregunta de Rusia incendiando Copenhague, el grito de guerra fué general contra ella, y sólo entonces Napoleón pensó en sacar partido de dos cosas, de la prolongación forzosa de la lucha, y de la indignación universal excitada contra la Gran Bretaña, indignación que le permitía intentar por su parte lo que jamás se hubiera permitido en otro tiempo.

Intimó, pues, primeramente á Portugal, que muy pronto dejó conocer su complicidad secreta con Inglaterra, y entonces resolvió apoderarse de él; mas no pudiendo poseerle directamente, tuvo la idea de compartirle con España, mediante la cesión de Toscana. Este es el momento (octubre de 1807) en que toda la cues-

tión de la Península surgió en su espíritu por la de Portugal. Algunas palabras sueltas de sus cartas y varias primeras órdenes indican un pensamiento naciente, por efecto de los acontecimientos de Copenhague. En este mismo momento fué cuando las indignas escenas del Escorial dieron por resultado el insensato proyecto de intentar un proceso criminal contra el príncipe de Asturias, para despojarle de sus derechos á la corona, y transmitirlos no se sabe á quién, tal vez al príncipe de la Paz, con el título de regente. Entonces despréndese de las órdenes de Napoleón que las indignidades de la corte de España excitaron su ambición, pues calculando la marcha de los correos según la celeridad de aquella época, se ve que al recibirse la noticia del proceso del Escorial comenzaron los movimientos de tropas. Hasta hubo un instante en que llegó á prescribir que marcharan por la posta, orden suspendida después al recibirse en París la noticia del regio perdón concedido al príncipe de Asturias.

Inducido por el acontecimiento de Copenhague y la obligación de continuar la guerra á tomar el Portugal, Napoleón fijó así sus miras en los asuntos de la Península, y por el proceso del Escorial quiso intervenir en ella hasta por fuerza. Habiendo dado lugar á una tregua el perdón concedido á Fernando, el emperador marchó á Italia en noviembre de 1807.

Es evidente, por lo que pasó en Mantua con Luciano Bonaparte, que Napoleón pensaba entonces en el casamiento de una de sus sobrinas con Fernando, y que no se había fijado en lo del destronamiento de los Borbones. Sin embargo, en Italia mismo dió órdenes para la marcha de las tropas, y órdenes que prueban que estas tropas no eran simples refuerzos enviados al ejército de Portugal (como se inclinarian á creer cuantos pretenden que antes de la revolución de Aranjuez Napoleón no pensaba en nada), sino tropas destinadas á resolver la misma cuestión de España, puesto que en Italia organizó la división Duhesme, encargada de invadir Cataluña.

Llegado á París en enero de 1808, sus órdenes se multiplicaron, demostrando por su rápida sucesión que el plan maduraba, y que se proponía concluir con los Borbones de España.

Había dos maneras, ó tres si se quiere, para resolver la cuestión:

1.º Dar una princesa de Francia á Fernando, sin exigir ningún sacrificio por parte de España.

2.º Ceder esta princesa exigiendo en cambio las provincias del Ebro y la libre entrada en las colonias españolas.

3.º Destronar á los Borbones.

En cuanto al primer proyecto, el más juicioso á mi ver, Napoleón no debió pensar en él mucho tiempo, pues envió poco después su sobrina á Italia. Este hecho, confirmado por testigos oculares, entre los cuales figura un hermano del emperador, no deja la menor duda.

En cuanto al segundo proyecto, existió ciertamente, ó por lo menos se trató de él, pues un pliego del señor Izquierdo, recibido en Madrid por Fernando en el momento de abdicar su padre, y publicado por los españoles, prueba la discusión de este proyecto entre el señor Izquierdo y Mr. de Talleyrand. Además existe una carta de este último en el depósito de la secretaría de

Estado, en la cual expone á Napoleón dicho proyecto, mientras que el señor Izquierdo le daba á conocer por su parte á la corte de España con la misma fecha. El segundo plan ha existido pues. ¿Fué formal? Sí, hasta cierto punto, porque Mr. de Talleyrand añade estas palabras en su comunicación al emperador: «Mi opinión es que, si esto conviniese á V. M., se induciría al señor Izquierdo á firmar, aunque no sin algún trabajo, y alejando las tropas de la morada del rey.» El proyecto de concluir, con ó sin casamiento, pero mediante la cesión de las provincias del Ebro y la apertura de las colonias, tenía, pues, cierta realidad, al menos en el espíritu de Mr. de Talleyrand, que era aquí el confidente íntimo del emperador. Pero ¿era del todo formal el proyecto, ó no sería sino una eventualidad que Napoleón se reservaba, y que tendía verdaderamente á otro fin? Sí, y yo creo, efectivamente, que es la verdad. Napoleón dejaba discutir, durante los meses de febrero y marzo de 1808, el proyecto de terminar los asuntos pendientes con España mediante una cesión de sus provincias del Ebro y la apertura de sus colonias, con ó sin un enlace; pero á la vez, y más seriamente, tendía al destronamiento.

He aquí ahora las razones que determinan mi convicción en este asunto:

1.ª Las palabras mismas de Mr. de Talleyrand prueban que el proyecto no era del todo formal, pues si Napoleón no hubiese tenido sino este fin, y le tuvo seriamente, no se habrían limitado á decirle: *si esto conviniese á Vuestra Majestad*. Cuando tendía á un objeto determinado, su lenguaje y el de sus agentes se impregnaban de su resolución tomando un tono apasionado, resuelto, y jamás el de la duda.

2.ª Si sólo hubiese querido apropiarse las provincias del Ebro, haciendo salir las colonias, y concluir un matrimonio, no hubiera necesitado ocupar España con sus tropas, ni tampoco expedir órdenes misteriosas, enviando fuerzas á Madrid por todos los caminos á la vez; no habría tenido que hacer otra cosa sino expresar su voluntad, y la corte de España, después de resistir tal vez un momento, hubiera cedido infaliblemente. Por otra parte, hubiese dicho claramente á Murat lo que deseaba, en vez de dejarle en la mayor duda acerca del objeto á que se destinaba el ejército francés.

3.ª En fin, Napoleón, que no se resolvía hasta el último extremo á hacer á Rusia el sacrificio de discutir la repartición del imperio turco, lo cual era un paso hacia la suya propia, no habría enviado á Rusia hacia mediados de febrero, hora de sus órdenes definitivas, una comunicación artificiosa proponiendo que expusiera sus ideas sobre un asunto tan grave. Sólo un objeto de tanta trascendencia como el destronamiento de los Borbones podía inducirle á comprar con tal sacrificio el concurso ó silencio de Rusia.

Así, pues, en febrero y marzo de 1808 todo prueba que el primero y segundo proyecto de casar á Fernando con una princesa de Francia, exigiendo ó no sacrificios territoriales y comerciales, no tenían ya nada de formal, si alguna vez la tuvieron, pues las palabras de Mr. de Talleyrand no hubiesen sido tan dudosas, Napoleón no hubiera invadido España con tantas fuerzas y misterio, ni hecho tan grandes concesiones á Rusia por un proyecto secundario y de poca importancia si se compara con los gigantescos planes de la época.

Desde los meses de febrero y marzo quiso, pues, destronar á los Borbones, por más que hayan dicho los que pretenden que solamente lo pensó en Bayona, después de haber visto al padre y al hijo y reconocido su incapacidad y decadencia moral.

Pero una vez fijado sobre el objeto que se proponía, ¿es igualmente fácil determinar el medio que deseaba emplear? He aquí el punto sobre que he vacilado largo tiempo, sin llegar á fijarme hasta después de algunos años de indagaciones y reflexiones.

Napoleón no dijo á nadie antes de la revolución de Aranjuez, es decir, antes del destronamiento del padre por el hijo, lo que deseaba, ni uno de sus ministros lo supo; y en cuanto á Murat, según hemos visto, ignorábalo completamente.

Ocurrióme la idea, pero sin prueba, de que quiso hacerlos marchar intimidándolos, como sucedió con la casa de Braganza: esta idea fué la primera que me ocurrió, y se ha conservado en mi espíritu hasta el fin, después de muchas vicisitudes.

Leyendo cinco ó seis veces la correspondencia de Napoleón, sobre todo con Murat, esta convicción nació en mí, y desvaneciése después. En primer lugar me chocó una cosa: Napoleón no deja de decir á Murat: Observad el mayor orden, tened consideraciones con la población, y evitad todo choque (lo cual significa que deseaba hacer desocupar el trono desde luego para no tener una guerra con la nación); pero después añade: *Tranquilizad á la corte de España con buenas palabras.*

El 14 de marzo escribe á Murat lo siguiente: «He mandado que el 17 se pida paso por Madrid para cincuenta mil hombres destinados á Cádiz. Obraréis según la contestación que os den; pero procurad tranquilizar todo lo posible.»

El 16 de marzo escribe: «Continuad con las buenas palabras: *tranquilizad al rey, al príncipe de la Paz, al príncipe de Asturias y á la reina.*»

El 19 escribe: «Supongo que recibiréis esta carta en Madrid, donde espero con ansia saber que vuestras tropas han entrado pacíficamente por consentimiento del rey y que todo marcha con tranquilidad. Espero de un momento á otro la llegada de Tournón y de Izquierdo, á fin de saber qué partido debe adoptarse para arreglar los asuntos. Anunciad mi llegada á Madrid; y conservad una verdadera disciplina entre las tropas, cuidando de que se las pague, á fin de que puedan diseminar el dinero.»

El 25 escribe: «Recibo vuestra carta del 15 marzo y con disgusto me entero de que hace mal tiempo; aquí es magnífico. Supongo que habéis llegado á Madrid antes de ayer. Ya os indiqué que vuestra primera diligencia era dar descanso á las tropas y abastecerlas, *vivir en la mejor inteligencia con el rey y la corte, si permaneciese en Aranjuez*, y declarar que la expedición de Suecia, así como los asuntos del Norte, me detienen aquí algunos días; pero que no tardaré en llegar. Por lo pronto haced arreglar mi casa; decid públicamente que vuestras órdenes se reducen á descansar en Madrid, esperando al emperador, y que estáis seguro de no salir de la corte hasta que llegue Su Majestad.

»No toméis parte alguna en las diversas facciones que dividen el país; tratad bien á todo el mundo, y no prejuzguéis nada acerca del partido que debo tomar.

Cuidaos de que estén siempre bien abastecidos los almacenes de Buitrago y Aranda.»

A primera vista, estas órdenes no indican el proyecto de intimidar á la corte de España, y después de haberlas leído he desechado la idea de que Napoleón quisiera hacerla marchar atemorizándola. Después, volviendo á leer, he reconocido que Napoleón no tranquilizaba sino para entrar en Madrid, evitando antes de esto una colisión. Así, pues, en la carta del 14 de marzo, la primera citada, me he fijado en estas palabras: «Cualesquiera que sean las intenciones de la corte de España, debéis comprender que lo esencialmente útil es *llegar á Madrid sin hostilidades*, hacer acampar á los cuerpos por división, á fin de que parezcan más numerosos, dar descanso á mis tropas y abastecerlas bien de víveres. Entretanto mis diferencias con la corte de España se arreglarán. *Espero que no habrá guerra, lo cual sentiría mucho.* Si adopto tantas precauciones es porque tengo la costumbre de no dejar nada á la casualidad. Si se declarase la guerra, vuestra posición sería más favorable, puesto que tendréis á retaguardia una fuerza más que suficiente para protegeros, y en el flanco izquierdo la división Duhesme, compuesta de catorce mil hombres.»

En la carta del 16 he leído estas palabras: «Continuad con los buenos propósitos, tranquilizando al rey, al príncipe de la Paz, al príncipe de Asturias y á la reina. *Lo principal es llegar á Madrid*, dar descanso á vuestras tropas y reabasteceros de víveres. Decid que voy á llegar, á fin de que se concilien y arreglen los asuntos.

»*Sobre todo no cometáis ningún acto de hostilidad, á menos de veros obligado á ello.* Espero que todo pueda arreglarse, y sería peligroso espantar esa gente.»

La intención era, pues, clara; Napoleón deseaba entrar sin choque, y tranquilizar lo necesario para evitar lucha; pero comparando bien los diversos pasajes entre sí, y consultando el conjunto de las disposiciones, he vuelto al fin á la idea de que, si deseaba evitar una colisión con el pueblo, quería sin embargo que la corte se fuera.

En efecto, todo le anunciaba el proyecto de marcha; decíanselo diariamente de Madrid; y el señor Izquierdo, hablando con Mr. de Talleyrand, habíale revelado el plan. En tal estado de cosas, é instruído como estaba, Napoleón sabía que bastaba dejar obrar para que la fuga se efectuase. Aun hay más: habría sido suficiente un solo acto de voluntad para impedirlo, pues las tropas francesas habían llegado el 19 al Guadarrama. Un simple movimiento de caballería sobre Aranjuez bastaba para cercar en pocas horas la corte y detenerla, y aun quedaba otro medio más fácil, tomando la dirección menos alarmante, la de Talavera; se podía decir que las tropas eran un refuerzo para Junot, rodear Aranjuez é impedir toda fuga. Sin embargo, en la correspondencia hay un pasaje más decisivo que todo el resto, y que deja pocas dudas sobre este punto. Héle aquí: Murat, no sabiendo cómo proceder, al recibir la noticia, circulara por todas partes, de que la corte iba á huir, dirige á Napoleón la siguiente pregunta: «Si la corte quiere marchar á Sevilla ¿debo permitirlo?» — Napoleón contesta el 23 de marzo en estos términos:

«Supongo que habéis llegado hoy á Madrid, ó que

llegaréis mañana. Una vez allí, mantendréis la mejor disciplina. *Si la corte está en Aranjuez, la dejaréis en paz, manifestándoles buenos sentimientos amistosos; si se ha retirado á Sevilla, no la molestaréis tampoco.* Enviad ayudantes de campo al príncipe de la Paz para decirle que ha hecho mal en evitar las tropas francesas, que no debe practicar ningún movimiento hostil, y que el rey de España no tiene nada que temer de nuestras fuerzas.»

Ahora bien; si se reflexiona que Napoleón hizo salir al señor Izquierdo de París (una carta de Duroc contiene en efecto la invitación de marchar al momento), lo que le obligó á irse poseído de espanto, y que al destacar ochenta mil hombres sobre Madrid no quiso dar jamás una sola explicación, es evidente que todo fué calculado para conseguir la marcha, que tuvo lugar en efecto, al menos en cuanto dependía de la corte de España.

Podría decirse, es verdad, que Napoleón quería cercarla, apoderarse de ella, y proclamar después el destronamiento. En primer lugar, pudo hacer lo primero y no lo hizo, y en segundo, habría sido un acto de abierta é injustificable violencia. La fuga á Andalucía llenaba mejor el objeto, pues dejaba el trono vacante, proporcionando la solución buscada.

Llegado á este punto, me hubiera convencido de que el proyecto de Napoleón era obligar á la corte de España á huir, á no ser por una grave objeción, tan grave que me ha hecho vacilar varias veces, y renunciar á la opinión formada. He aquí la objeción: la marcha de los Borbones y su fuga llevaba consigo la pérdida de las colonias; y sin éstas, España era, en concepto de todo el mundo, una carga de las más onerosas. Todo el comercio del Mediodía no cesaba de repetir en Bayona: Sobre todo, que no nos proporcionen el mismo resultado que en Portugal.

Pues bien; enviar los Borbones á América era precisamente producir este resultado, pues los Borbones revolucionarían las colonias contra la monarquía de José, y al mismo tiempo las hubieran abierto á los ingleses, lo cual convenía evitar ante todo.

En presencia de esta objeción me ví muy perplejo, y durante largo tiempo dejé de creer que Napoleón hubiera querido conseguir la fuga de la corte de España. Sin embargo, la facilidad que se le dejaba para huir y la orden misma de permitir su marcha, combinada con el espanto inspirado desde París por la retirada del señor Izquierdo, eran también hechos concluyentes, que no podía descuidar. En este conflicto de ideas hice una observación, y es que había en Cádiz una flota francesa, dueña de la rada, y que tal vez Napoleón pensaba en servirse de ella para detener á los Borbones fugitivos, moralmente perdidos por su fuga á los ojos de la nación española. Habiéndoles impulsado por una parte á desocupar el trono á fin de apoderarse de él, por la otra los hubiera detenido en el momento de embarcarse para América. Esta reflexión fué para mí un rayo de luz, porque explicaba y resolvía todas las objeciones; mas no pasaba de ser una conjetura. Volví á leer de nuevo toda la correspondencia de Mr. Decrés, y hallé la circunstancia siguiente: una orden cifrada remitida al almirante Rosily no se pudo leer porque la cifra del consulado se había perdido, y el almirante en-

viaba á París un oficial seguro y capaz para recibir la confidencia, que se conservaba impenetrable á causa de la pérdida de la cifra. Esta circunstancia fué para mí una confirmación notable de mi primera conjetura. ¿Qué podía significar, en efecto, aquella comunicación cifrada? ¿La orden de salir de Cádiz para ir á Tolón? No, porque esta orden se había expedido tres ó cuatro veces en letras bien claras sin adoptar la precaución de la cifra. Debía ser, pues, otra cosa, y mucho más secreta aún. Desde entonces estuve seguro de que debía ser la orden de detener la familia fugitiva.

En el ministerio de Estado me ocupé en nuevas investigaciones, mas no se encontró la comunicación. No abrigaba la esperanza de hallarla en Marina, donde los archivos, aunque conservados en buen orden, no contienen casi nada. Sin embargo, hice una tentativa y, contra lo que yo esperaba, encontré en la Sección histórica la comunicación cifrada, por fortuna con la cifra. Estaba concebida en estos términos:

«Yo (Mr. Decrés es quien habla) no trato de penetrar el objeto de la entrada de las tropas francesas en España; la única cosa que me preocupa es que, así como yo, debéis responder á S. M. de la flota. Tomad, pues, una posición lo más lejana posible de las más fuertes baterías, y que al mismo tiempo pueda defender la rada contra un ataque interior ó exterior. Tenéis víveres que os servirán en caso de necesidad mientras estéis anclado. Cuidad sobre todo de no manifestar la menor inquietud; pero estad alerta contra todo acontecimiento, aunque sin afectación, sólo como medida resultante de las órdenes de marcha que habéis recibido. Colocad el buque español en el centro, dominado por los cañones franceses.

»Si la corte de España, por los acontecimientos ó una locura difícil de prever, quisiera renovar la escena de Lisboa, oponeros á su marcha. Conservad el estado actual de las cosas mientras sea posible; pero si hubiera una crisis, no permitáis que se parlamente con los ingleses; sin aparentar hasta entonces ninguna especie de desconfianza, atended en silencio á la seguridad de la flota, y á lo que exija de vuestra perspicacia y dignidad personal el servicio de S. M.» (21 febrero 1808).

He experimentado naturalmente una viva satisfacción al ver descubierta la verdad; pero al mismo tiempo me ha contrastado que fuera tan enojosa; veía en ella la consecuencia del proyecto de destronar á los Borbones.

Desde este momento, el proyecto de Napoleón fué evidente para mí. Por lo pronto es preciso notar la fecha del 21, época de las órdenes que contenían todo el plan: marcha de Murat, instrucciones á este jefe, composición de todo el ejército, marcha del señor Izquierdo y de Mr. de Tournón... y órdenes á Junot. En segundo lugar se observará la combinación de esta orden con la de Murat, en la que se le previene permita marchar á la corte si así lo deseara. Lo uno no contradice lo otro, pero ambas cosas se combinan. Napoleón quería la marcha de Madrid para que el trono quedase vacante; mas no la de Cádiz, por temor de que las colonias se insurreccionasen.

Bien se ve por qué trabajo sobre los documentos más auténticos he debido llegar á la verdad; y atrévome á decir que la posteridad no sabrá más, porque Napo-